

# Los libros en la Universidad

por Eladio García

Los libros de la editorial Quimantú no han sido comentados por la crítica OFICIAL, aquella que pone el sello del supuesto rigor académico y que elige los libros de la cultura de élite, de la gran literatura. Esta crítica se olvida de los libros de dimensión popular y humana, porque ignora el destinatario concreto cuando se plantea el problema del libro. Lo ignora sobre todo si se piensa en un mundo, para quién también la cultura es un derecho. Quimantú se ha movido en la justa esfera donde lo popular social llega a la literatura nacional, al encuentro con sus raíces y con sus objetos, con su lenguaje y con sus especies y esperanzas.

La viuda del conventillo de Alberto Romero aparecía un poco en el desván de nuestra novelística injustamente. Es una novela que interesa por muchos respectos. Si nosotros la miramos internamente es la historia de un personaje, Eufrasia, que representa un tipo popular simple, sin complejidades psicológicas y que es la coronación de un mundo degradado en que los protagonistas se mueven en oscilaciones extremas, van desde el bien y la ingenuidad hasta el cinismo y la brutalidad, es el caso de Angelito, o bien desde la roñosería y el desprecio por el hombre hasta la liberalidad y el calor de la relación, como don Guido, el italiano del almacén, o como la propia hija de Eufrasia, la Menita, que violada por el Angelito termina por huir con él.

El mundo presentado adquiere el carácter de una inestabilidad fundamental en el que son operantes, para el cambio, las más sutiles incitaciones, el hombre aparece misteriosamente sujeto al toque mágico que produce un cambio trascendental. El caso de Angelito es el más evidente. Huaso y apocado, por influencia de un compañero de cama en el hospital, Generoso Aguillar, se vuelve simple explotador de mujeres, crápula y vicioso. Esta alta de solidez del mundo y de quienes lo dramatizan aparece en relación de sentido con el carácter social que apunta en la novela que además de ser estudio de psicología popular es mostración social, mostración de vidas oscuras y marginales, mostración de espacios derruidos y miserables. La antigua e inhóspita cité como lugar de hacinamiento, promiscuidad, prostitución, lugar de tráfico. Eufrasia vive de la venta de desayunos, de sopaipillas, con algún chuico de vino debajo de la cama, pescado frito, picarones. Alberto Romero tiende al testimonio directo que lo vincula, en uno de sus despliegues narrativos con el naturalismo, que lo acerca a la línea de El Roto de Joaquín Edwards. La muerte de don Fide, además de apertura al motivo de la novela, sirve de mostración de espacios semi-infernales, pero no menos reales. "Quiltros con la panza hinchada, hediondos, rígidos, pedazos de trapos, cacerolas desfondadas; chancletas boquiabiertas, risibles, irónicas; corchos, trozos de madera, huesos, tarros vacíos señalaban el camino por dónde el Cequión Grande hizo la jornada asoladora de todos los inviernos, ese año". Alberto Romero es puntual en la descripción de ambientes, no pretende darle densidad ni morosidad, sino en rápida mirada

casí periodística y nerviosa, simplemente apunta. Aun así, están bien miradas las salas del hospital, transmite ese ambiente macabro, de desolación, de soledad y muerte y su honda melancolía. Menos nítidos son los prostibulos de la novela, sus muchachas y parroquianos. Queda sí un hábito de exploración de la ciudad, de las calles del Santiago que pierde sus formas nuevas, que tiene casas viejas y desconchadas.

La otra veta naturalista de la novela es, sin duda, el sexo, acuñado de miseria, pero también de fuerza salvaje, de apetitos nunca reprimidos, es como la naturaleza marcada, irredenta en que se mueve el hombre. Sólo el viejo deseo del alma cenere por la viuda, decantado por la vejez, se hace tranquila convivencia casi maternal. Pero el imperio de la vida del puro instinto es muy claramente perceptible en toda la novela, un sexo de alcobas oscuras, con niños durmiendo, hoteles clandestinos. Un sexo que no posee brillo, sin lujo, sin estridencias.

Esta mirada de Alberto Romero es muy curiosa, sin aspavientos, ni grandes denuncias y a estratos sociales permanentemente alejados de una ciudad de ya grandes casas, teatros y castas sociales desbordantes. Esta restricción del mundo sin asomos la hace más denso, más fatal, más estrujado. En esto hay grandeza moral y cierto es toicismo narrativo.

Nuestra literatura pretende haberse hecho muy compleja y muy inteligente. La lectura de La Viuda del conventillo, que no ofrece dificultad alguna de estructura ni de lenguaje, con toques modestamente dramáticos, es entretenida y encierra la lección de las cosas vistas y vividas.